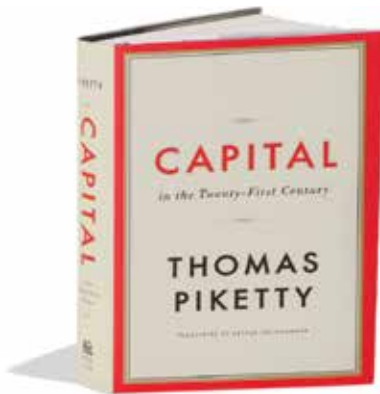


El auge del 1% más rico



Thomas Piketty

Capital in the Twenty-First Century

Belknap Press, Cambridge, Massachusetts, 2014, 685 págs., US\$39,95 (tela).

Este fascinante libro es sin duda uno de los análisis económicos más influyentes de las últimas décadas. En gran medida, el debate sobre la desigualdad de los últimos años es el resultado del trabajo de Thomas Piketty y sus colegas de investigación.

Los estudios anteriores sobre la desigualdad se habían centrado en encuestas a los hogares basadas en el índice de Gini, que mide la distribución del ingreso en un país. Sin embargo, este índice no ilustra con precisión lo que ocurre en la parte superior de la distribución del ingreso, en parte porque los muy ricos no suelen declarar todo su ingreso.

Piketty ha analizado nuevas fuentes de información para demostrar que la desigualdad del ingreso ha aumentado en las últimas décadas, hasta alcanzar niveles extremadamente elevados en Estados Unidos y, en menor medida, en varios países de habla inglesa. La causa principal de este incremento ha sido la desigualdad salarial entre el 1% más rico de la población y el resto. (Habría sido deseable que este libro hubiera incluido una respuesta a los críticos que atribuyen estos resultados a distorsiones en los datos).

Una de las explicaciones recurrentes es que la educación no ha conseguido adaptarse a la mayor demanda de mano de obra calificada. Según Piketty, esto es poco probable, porque la desigualdad ha aumentado aun entre los graduados de las mejores universidades.

¿Será quizá que los elevados salarios reflejan la capacidad de los directores generales de generar astronómicos incrementos de valor? No, esto supondría la existencia de mecanismos en los que el ganador se lo lleva todo en otras economías desarrolladas, como Japón, Francia y Alemania, y allí no se registran tales aumentos salariales relativos.

Es posible que estos otros países hayan resistido las consecuencias del cambio tecnológico sobre los salarios relativos, provocando así la desaceleración del crecimiento, cuando la desigualdad comenzó a aumentar en Estados Unidos a finales de los años setenta. No obstante, el crecimiento real per cápita viene registrando valores similares en ambos grupos de países desde 1980, aproximadamente.

Según Piketty, la explicación más plausible —aunque las pruebas no son concluyentes— es cultural y política: la elite política de Estados Unidos y el Reino Unido acometió reformas de mercado que redujeron la tasa impositiva máxima, impidieron el crecimiento de los salarios mínimos, debilitaron a los sindicatos y contribuyeron a cambiar el concepto de una disparidad salarial aceptable.

En una estructura de gobierno corporativo en la que los miembros de la elite se asignan el sueldo unos a otros, el margen para limitar los salarios más altos es mínimo. La solución, según Piketty, pasa por invertir estos cambios, y recalca que cuando Estados Unidos y el Reino Unido redujeron sus tasas marginales, su crecimiento no aumentó en comparación con el de sus homólogos en el continente.

La desigualdad salarial y del ingreso está reservada a unos pocos países, pero la riqueza se encuentra distribuida de forma muy dispar en todas las economías desarrolladas. Sin embargo, antes de la Primera Guerra Mundial la situación era peor. La Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial provocaron una sustancial nivelación. Hasta los años setenta, las políticas públicas, a través de tasas impositivas máximas confiscatorias y elevados impuestos sucesorios, mantuvieron bastante estable la distribución de la riqueza.

Pero el sistema va en contra de la persona más pequeña: las grandes fortunas obtienen rendimientos superiores a los de las más pequeñas, y los ricos ahorran más. El crecimiento demográfico se ha detenido y el de la productividad se está desacelerando, lo que implica una tendencia hacia una sociedad como la del siglo XIX, dominada por las fortunas heredadas.

Para Piketty, una sociedad así no es acorde con los valores meritocráticos y democráticos que constituyen los cimientos de los países occidentales modernos. La última vez fueron necesarias la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial para provocar un cambio significativo. Aun así, Piketty se muestra optimista sobre la capacidad de las ideas (y los datos) para influir en las políticas. Su principal recomendación es introducir un impuesto sobre todas las formas de capital, lo que requeriría coordinación internacional y, quizás, la aplicación de controles de capital transfronterizos.

Este libro contiene lecciones importantes para los economistas y les recuerda que lo que ellos miden refleja decisiones políticas. Les advierte que recelen de la interpretación según la cual las últimas décadas se perciben como “condiciones estables”: la evolución de la renta y la riqueza después de la Segunda Guerra Mundial es consecuencia del desarrollo de hechos acaecidos antes. Por último, les recuerda el poder retórico y explicativo de una sencilla comparación de hechos, una vez recopilados y clasificados, frente a las estadísticas y los modelos complejos.

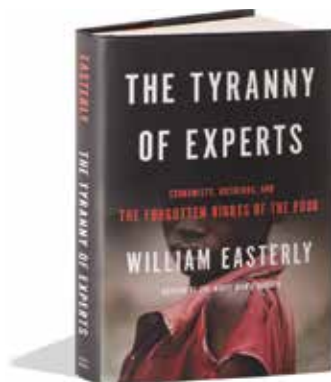
El economista Robert Lucas, Jr., ganador del premio Nobel, refiriéndose a cuestiones relacionadas con el crecimiento económico a largo plazo, dijo que “una vez que se empieza a pensar en ellas, es difícil pensar en otra cosa”. No obstante, el lector se queda con la idea de que es la *distribución* del producto del crecimiento lo que dará forma a la naturaleza económica y política de la sociedad dentro de 25 o 50 años; y que a esto debemos prestar atención.

Andrew Berg

Director Adjunto

Departamento de Estudios del FMI

Desarrollo a través de los derechos



William Easterly

The Tyranny of Experts

Basic Books, Nueva York, 2013, 416 págs., US\$29,99 (tela).

Me encantaron las premisas y las conclusiones del nuevo libro de William Easterly, pero las 300 páginas entre ambas me dieron menos motivos para celebrar.

Easterly considera que los tecnócratas se han apoderado del desarrollo: “La ilusión tecnócrata sostiene que la pobreza es consecuencia de un déficit de aptitudes, cuando en realidad es consecuencia de un déficit de derechos”. La fundación del Banco Mundial es el momento del pecado original (el FMI sale un poco mejor parado). La polémica resultante está dulcemente escrita y llena de fascinantes historias de interés humano que dan vida a lo que podrían haber sido debates conceptuales aburridos.

Para Easterly, cada individuo es un héroe, lanzado a transformar el mundo o frustrado por la malignidad de los políticos. Es una visión esencialmente estadounidense, e incluso hollywoodense, de la condición humana. Su idea del poder se resume en el título del capítulo sobre las instituciones: “We oppress them if we can” (Los oprimimos si podemos).

Los gurús de Easterly son Adam Smith y Friedrich Hayek, y se refiere con desdén a los economistas del desarrollo, como Gunnar Myrdal y W. Arthur Lewis, quienes crearon una economía especial que descarta la libre elección y el individualismo.

El libro incluye crónicas que promueven la reflexión acerca de los orígenes del enfoque tecnocrático, que Easterly ubica en 1919 (y no en

el discurso de Truman de 1949, que suele señalarse como el origen de la asistencia). Considera que el enfoque proviene de intentos de alejar la atención del tema de los derechos, ya sea en relación con la discriminación contra los chinos en Estados Unidos en las décadas de 1920 y 1930, los intentos de Gran Bretaña de resistirse a la descolonización de posguerra o la lucha por los derechos civiles en las décadas de 1950 y 1960. Identifica una conexión directa con guerras más recientes (la Guerra Fría, las guerras contra el terrorismo y el narcotráfico), en las que el foco en el desarrollo tecnocrático permitió mirar hacia otro lado cuando los violadores de derechos se alineaban con occidente.

Esta disposición a olvidarse de los derechos era música para los oídos de dictadores de los más diversos colores, quienes aprovecharon el enfoque de los planificadores (o al menos su lenguaje) como una manera de ignorar a la oposición y consolidar su propio poder económico y político. El autor considera que este abandono de los derechos individuales es la tragedia moral del desarrollo en la actualidad.

Hay muchas cosas con las que se puede estar de acuerdo: sus críticas al enfoque de tabla rasa, que ignora las características específicas nacionales y locales; los abusos de los derechos individuales en nombre de algún propósito nacional más elevado, y la eficacia de las soluciones espontáneas, en lugar del diseño consciente (lo que permite equipar claramente a los planificadores con los antievolucionistas).

Easterly incluso se presenta como un escéptico del crecimiento: “Si existe una cifra por la que alegremente se sacrifican los derechos de millones de personas, es la tasa de crecimiento del PIB nacional”.

Sin embargo, su argumento tambalea al tratar el tema de China (o, en términos más amplios, de Asia oriental). Confrontados con la realidad histórica de que el crecimiento rápido de Asia oriental se dio en el contexto de diversos sistemas autocráticos (los Estados que se denominan desarrollistas), los defensores del Sueño Americano enfrentan dos opciones: o bien aceptar que puede

haber relaciones de compensación entre el crecimiento y los derechos, o bien tratar de explicar el milagro de Asia oriental como un triunfo de los derechos individuales y las fuerzas del mercado.

El Banco Mundial optó por la segunda opción, con su muy ridiculizado Milagro de Asia Oriental de 1993, pero Easterly logra darle un sesgo positivamente tímido a ese fenómeno: “Hay más razones para atribuir el surgimiento de China como superpotencia económica al desarrollo anónimo del cultivo de papa que a las políticas económicas de Deng Xiaoping”. Estamos ante recursos desesperados.

En el terreno de los derechos, Easterly amplía lo expuesto en su libro anterior, *The White Man's Burden*, que proponía una distinción entre buscadores y planificadores, una dicotomía que a lo largo de los años me ha resultado muy útil. Sin embargo, la idea que el autor tiene de los derechos es selectiva y deficiente. Para Easterly, los derechos siempre son individuales, nunca colectivos: no hay menciones de sindicatos, movimientos de mujeres o grupos indígenas, o de asociaciones de productores.

Además, la representación que hace de individuos heroicos que luchan por los derechos recurre en gran medida a la historia estadounidense, pero ignora totalmente a la institución que en los últimos años hizo más que cualquier otra para promover los derechos humanos: las Naciones Unidas. Que esos despreciables planificadores y burócratas de Nueva York estén promoviendo los derechos de muchos tipos de grupos marginalizados de todo el mundo contradice claramente la premisa, por lo que deben ser borrados de la imagen.

Por último, la conclusión de Easterly es que si uno se preocupa por los derechos, debe oponerse a la asistencia. Yo creo lo contrario. Bien implementada, la asistencia puede contribuir a la lucha de los pobres (individual y colectiva) por sus derechos, algo que he observado personalmente en muchos países, en mi trabajo para Oxfam.

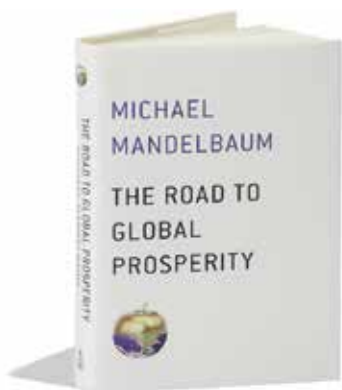
Duncan Green

Asesor Estratégico, Oxfam GB

Autor del blog

“From Poverty to Power”

El progreso en la economía política



Michael Mandelbaum

The Road to Global Prosperity

Simon & Schuster, Nueva York, 2014,
272 págs., US\$28,00 (tela).

La globalización —el mayor nivel de conexión, para ser más precisos— domina nuestra era, y es posible que el problema central sea comprender sus virtudes y sus vicios. La mayoría de los políticos prueban con un enfoque práctico; como dice el viejo adagio: “Lo único peor que ser explotados por el capitalismo multinacional es no ser explotados por el capitalismo multinacional”. Aun así, los estudios sobre la globalización están mucho más polarizados entre los partidarios, quienes consideran que el libre comercio, los mercados de capitales abiertos y el libre flujo de personas son los principales motores del progreso humano, y los críticos, quienes culpan a esas fuerzas de la destrucción del medio ambiente y de las comunidades.

Michael Mandelbaum está en el primer grupo. Su nuevo libro es informal y accesible, y está repleto de datos. El libro apunta a replantear la posición del optimista, pero atenuando un poco el entusiasmo acorde al ánimo posterior a la crisis financiera. El argumento central es sencillo: si la solución es la economía, el problema es la política. La “economía mundial, cuando funciona satisfactoriamente —porque funciona satisfactoriamente—, no puede sino provocar oposición a su funcionamiento, lo que a su vez genera conflictos políticos”.

Tras el trote inevitable por la teoría del libre comercio y un rápido galope por los titulares de la historia econó-

mica reciente, el libro alcanza su ritmo con una descripción de cómo la política obstaculiza la economía racional, en especial en los países del grupo denominado BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica). La política democrática desprolaja y corrupta de India terminará defraudándola. Pero, ¿será su efecto disruptivo peor que el de China, cuya habilidad para competir en el área de servicios amenazará mucho más que la fuerza laboral manufacturera de occidente? Rusia debe lidiar con sobornos, que fueron equivalentes al 20% del PIB en 2005. Además, sufre de una mezcla poco saludable de populismo, autoritarismo e ineficiencia, con “ingresos provenientes de la energía suficientemente altos como para generar una corrupción generalizada e impedir un crecimiento sólido, pero no suficientemente altos para sostener el nivel de vida al que aspiran los rusos”. Brasil también se muestra vulnerable al populismo: un 13% de su PIB se destina a pensiones, y es probable que los que defienden un aumento del gasto público derroten a “aquellos que prefieren la prudencia, con la historia económica de su lado”.

Mandelbaum casi siempre culpa a la gente o, en términos más precisos, a la forma en que la democracia moviliza el sentimiento populista en perjuicio de la racionalidad económica. El combustible teórico del argumento es el teorema de Stolper-Samuelson, que sostiene que si bien el comercio beneficia a un país en su totalidad, esos beneficios se distribuyen desigualmente.

Podría pensarse que la pregunta inmediata que plantea el teorema de Stolper-Samuelson es la de cómo manejar la economía política del progreso. Si el comercio beneficia a toda la sociedad, pero algunos pierden en el proceso, podría tener sentido compartir las pérdidas junto con los beneficios. Las personas que se mueven en el mundo de las políticas y la política lo advirtieron. Pero, al parecer, el autor no. Y tampoco tiene respuesta para el argumento del movimiento *Occupy Wall Street* y otros movimientos similares que no tienen problemas con la globalización per se, sino con la distribución

terriblemente desigual entre el 1% y el 99%, y con la brecha cada vez más amplia entre los rendimientos sobre el capital y sobre la mano de obra.

El libro sostiene que su tema es la economía política, pero su tratamiento de la política es ingenuo, en especial cuando aborda las soluciones globales. Se nos dice que “la alternativa al orden económico mundial actual es . . . nada.” Un estudiante sería reprobado si escribiera algo así. Es posible que no exista una alternativa integral y realista esperando entre bastidores, pero son innumerables las políticas propuestas por los bancos centrales y por activistas antiglobalización, por ganadores del premio Nobel y por organizaciones no gubernamentales. Esas políticas merecen, por lo menos, un poco de atención.

El pronóstico de Mandelbaum es despreocupadamente optimista: “La economía mundial seguirá creciendo. Su crecimiento hará que todos sean más ricos. Si bien no es inevitable, ese es el futuro más probable”. Espero que tenga razón. Estoy de acuerdo con mucho de lo que dice en su libro. Si queremos darle a un lector no occidental una idea de la visión del mundo de la elite estadounidense, este libro es un buen punto de partida. Está bastante bien fundamentado, y es fácil de leer.

Sin embargo, sus argumentos se entienden mejor como síntomas del problema que como respuestas. Robert MacNamara concluyó que los mayores errores estratégicos provienen de problemas de empatía y no de problemas de análisis. Un libro cuyas referencias son casi todas estadounidenses (y todas con un foco angloparlante) enfrenta problemas de comprensión de cómo se ve el mundo desde abajo y no desde arriba. Sus problemas son la complacencia y el provincianismo, lo cual es bastante irónico en un libro que trata de las virtudes de un mundo mucho más conectado.

Geoff Mulgan

Autor de The Locust and the Bee:

Predators and Creators in

Capitalism's Future

Ejecutivo en Jefe,

NESTA (UK National Endowment of Science, Technology and the Arts)